

CULTURA

&OCIO

«El expolio del Pilar durante los Sitios está rodeado aún de muchos misterios»

Santiago Gonzalo publica 'Esmeraldas y ceniza', un estudio con documentación inédita sobre el mariscal Lannes y la pérdida de 16 ricas alhajas pertenecientes a la basílica

ZARAGOZA. Doscientos años después de la salida de las tropas francesas de Zaragoza, todavía existen numerosos interrogantes acerca de las riquezas que perdió la ciudad durante los Sitios, algunas en acciones de guerra, otras en saqueos. Quizá el caso más destacado sea el de las joyas arrebatadas al Pilar. Durante siglos se ha hablado de expolio y se ha dado por bueno un listado de alhajas robadas publicado por la duquesa de Abrantes (la esposa del general Junot) en sus memorias. Pero un estudio de Santiago Gonzalo Til arroja ahora nueva luz sobre el 'saqueo' del Pilar: ni se puede hablar de expolio propiamente dicho, ni la cifra de alhajas que se había dado hasta ahora por buena lo es, ni la valoración que se hizo de lo desaparecido es real. Ni siquiera está del todo claro que las joyas acabaran en manos del mariscal Lannes, que se hizo dueño de la ciudad. El estudio lleva por título 'Esmeraldas y ceniza. El expolio del Pilar' y el año pasado recibió el XXVII Premio Los Sitios de Zaragoza. El Ayuntamiento de Zaragoza lo ha convertido en libro y se presentó ayer en la Biblioteca de Aragón.

Un valor final erróneo

«El caso de las joyas del Pilar está rodeado aún de muchos misterios –señala Santiago Gonzalo–. Lo que ha habido hasta ahora ha sido un dedo acusador y mucho sosiego documental. El dedo acusador es el de la duquesa de Abrantes, que en sus memorias publicó una lista de lo desaparecido; lista que, según ella, hizo el secretario del Cabildo, Pedro Herranz. Y lo del 'sosiego' documental lo digo porque hasta ahora no había más documentos que apoyaran sus afirmaciones. Tradicionalmente se ha dado por bueno todo lo que escribió». Y eso que, como mínimo, en su escrito hay un error de grueso calibre: la duquesa describe 12 joyas arrebatadas y a cada una de ellas le da un valor económico. Cuando suma sus valores obtiene una cifra estratosférica: 1.245.000 pesos. Pero, si uno repasa la suma, y son solo 12 cantidades, el resultado en realidad es mucho menor: 144.000 pesos. ¿Sabía sumar la duquesa?

No es el único error que cometió. La archivera del Pilar localizó un documento, fechado el 1 de marzo de 1809, poco después de la salida de las tropas francesas de la ciudad, en el que el Cabildo hacía inventario de lo desaparecido.

Y describió 16 joyas, en lugar de las 12 de las que habló la duquesa.

La idea de escribir este libro le surgió a Santiago Gonzalo en Francia, mientras asistía a una conferencia sobre el mariscal Lannes. Ronald Zins, autor de una biografía sobre el militar francés, aseguró que en el saqueo del Pilar habían intervenido oficiales españoles. Gonzalo casi saltó en la silla, pero se puso a investigar. En la documentación encontrada en Zaragoza también se apunta la intervención de algunos próceres zaragozanos.

¿Compensación de guerra?

«El asunto no está nada claro –señala–. La duquesa de Abrantes aseguró que los religiosos zaragozanos, ante el temor de ser ejecutados, visitaron a Lannes, se arrojaron ante él y le ofrecieron las joyas. Pedro María Ric, por su parte, dice que la iniciativa fue totalmente francesa. Y el Cabildo, en sus documentos, lo que dice es que la Junta, para contentar a los franceses, les recomendó preparar unos paquetes con obsequios acordes a su rango. Esa compensación se esperaba y, habitualmente, se aceptaba. Se hicieron sendos paquetes para Lannes, Mortier y Junot, y solo Lannes aceptó el suyo. Mortier y Junot no consideraron ético tomar esas dádivas de parte de un pueblo que había sufrido tanto». Si eso fue así, defiende Gonzalo, lo sucedido no puede ser definido con una palabra tan grave y rotunda como 'expolio'.

Es complicado saber qué se perdió (y cómo) durante la Guerra de la Independencia, porque en las guerras las fronteras entre bien y mal, lícito e ilícito, se difuminan. Durante el primer sitio, los zaragozanos no repararon en el valor del joyero del Pilar y la codicia que podía despertar en los franceses. Pero, tras recibir noticias de lo ocurrido en ciudades como Burgos, Málaga o Córdoba, decidieron poner a buen recaudo las alhajas. Palafox firmó una orden escrita para enviarlas a Tortosa, a través del Ebro, pero no se llegó a cumplir. «Por no alarmar a la población, o porque se pensaba en ellas como posible pago para los gastos de la defensa de la ciudad, el caso es que no llegaron a embarcar». ¿Qué pasó luego? Días después de cerrarse el cerco sobre la ciudad hubo una salida, «de peculio y armas» al mando de Francisco Palafox. ¿Iban allí joyas del Pilar o de otros templos?



En las fachadas del Pilar pueden observarse aún (parte superior de la foto) los impactos de la artillería francesa. ARÁNZAZU NAVARRO

Quién sabe. Hubo más salidas durante el cerco, y pillaje en la ciudad tras la entrada de los franceses, pese a los esfuerzos del propio Lannes, que mandó fusilar a algún soldado por conducta deshonesto. Cuando los franceses abandonaron la ciudad en 1813, las tropas españolas alcanzaron su retaguardia e incautaron varios carros con «caudales de Zaragoza». ¿Qué bienes viajaban en esos carros? ¿Volieron a la ciudad? ¿Y cómo? Ya sin franceses en la ciudad, el arzobispo en funciones Pedro Valero pidió a



Santiago Gonzalo. A. N.

Mina que pusiera una guardia en el palacio arzobispal porque lo estaban esquilmando, y posteriormente pidió otra, para vigilar a la primera.

«Aún hay más detalles misteriosos –apunta el investigador–. Y es que el mariscal de campo español Luis de Villaba aseguró en sus memorias que interceptó en Pamplona un carro que transportaba las joyas del Pilar, pero él mismo confesaba ignorar el destino que habían tenido e incluso dudaba de que hubieran vuelto a Zaragoza».

LA MÁS VALIOSA

EL CORAZÓN DE BÁRBARA DE PORTUGAL

En el documento que se guarda en el archivo del Pilar se describen las joyas arrebatadas. La más valiosa (50.000 pesos) era «una joya de diamantes brillantes que componen 1900, entre los que hay nueve de singular magnitud y muy subido precio. Su forma, a manera de corazón; en el centro tiene un cisne tendidas las alas descansando en el tronco, y a cada lado un polluelo. La dexó en su último testamento la Sa. D^a María Bárbara de Portugal, Reyna de España».

La segunda más valiosa (30.000 pesos) era «una corona que hizo a sus expensas en el año de 1775 el Illmo. S. D. Juan Saenz de Buruaga (...). Es toda de oro, guarnecida de diamantes rubíes, y topacios todos brillantes: lleva en círculos compuestos de diamantes 12 atributos de Nuestra Señora: a saber, la Nave, el Pozo, la Fuente, el Castillo, la Luna, el Sol, la Estrella, la Torre, la Palma, el Lirio, la Rosa y el Cedro; lleva en el centro un triángulo de diamantes, y de él se desprende una palomita de brillantes, como mirando a Nuestra Señora, y arriba un pectoral de finísimos topacios, y en medio un crisolito». M. G.

Y el mayor de los misterios es, sin duda, el destino final de esas joyas. Aunque existe una descripción pormenorizada de cada una de ellas, no se han vuelto a localizar ni en museos ni en colecciones privadas. Alguna, como la que había regalado María Bárbara de Portugal, tenía 1.900 piedras preciosas, una pequeña fortuna en la época. Quizá las piedras acabaron desengarzadas y vendidas.

«Al final del libro hago una especie de juicio a Lannes –concluye Gonzalo–. Del cargo de expoliador lo considero inocente, y del de poco caballero, por aceptar unas joyas que debió haber rechazado, culpable».

MARIANO GARCÍA